Operación Trompetas de Jericó

Javier Martínez-Pinna

nowtilus

Colección: Historia Incógnita
www.historiaincognita.com

Título: *Operación Trompetas de Jericó*
Autor: © Javier Martínez-Pinna López

Copyright de la presente edición: © 2015 Ediciones Nowtilus, S.L.
Doña Juana I de Castilla 44, 3º C, 28027 Madrid
www.nowtilus.com

Elaboración de textos: Santos Rodríguez
Revisión y adaptación literaria: Teresa Escarpenter

Diseño y realización de cubierta: Universo Cultura y Ocio
Imagen de portada: Ademollo, Luigi. *Traslado del arca de la Alianza con las tablas de la ley* (1816). Palazzo Pitti, Florencia (Italia).

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra sólo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra (www.conlicencia.com; 91 702 19 70 / 93 272 04 47).

ISBN edición impresa: 978-84-9967-739-2
ISBN impresión bajo demanda: 978-84-9967-740-8
ISBN edición digital: 978-84-9967-741-5
Fecha de edición: Octubre 2015

Impreso en España
Imprime: Servicepoint
Depósito legal: M-22510-2015

A mi hija Elena, por habernos hecho tan felices,
especialmente a su hermana Sofía

Y caminaré en pos del Arca de la Alianza,
hasta que paladee el polvo de su escondite,
cuyo sabor es más dulce que la miel.

Yehudah Ben Samuel Halevi

Índice

Prólogo 13

Introducción 17

Capítulo 1. En busca del Arca Perdida 25
La campaña de Meir Ben-Dov 25
La loca historia del Arca 29
El tesoro más codiciado 39

Capítulo 2. ¿Qué es el Arca de la Alianza? 47
Los orígenes míticos del pueblo elegido 47
El símbolo de Dios en la Tierra 53
Los poderes del Arca 59
La clave está en Egipto 74
Moisés. El Éxodo de Israel 81

Capítulo 3. La gloria de Israel llega a su tierra 95
La conquista de la tierra prometida 95
El Arca de Dios en el Templo de Jerusalén 106

El debate historiográfico en torno a la monarquía unificada.
¿Existieron David y Salomón? 115

Capítulo 4. El Arca de Dios abandona a su Pueblo 133
La agonía del pueblo elegido 133
¿Dónde está el Arca? 141
El Arca bajo la Shetiyyah 149

Capítulo 5. Los templarios en el monte Moriá 153
Los cazadores de reliquias 153
En las entrañas de la colina Sagrada 166
La palabra de Dios 172

Capítulo 6. La pista africana 177
En tierras de Etiopía 177
La primera catarata 184
En el fin del mundo 187

Capítulo 7. El objeto de poder más anhelado 199
El Arca Perdida. Una singular aventura arqueológica 199
En el monte Nebo 206

Epílogo 213

Bibliografía 219

Prólogo

Cuando mi amigo Javier me llamó para pedirme que le escribiese el prólogo de este libro instantáneamente mi mente voló a nuestra época de estudiantes de Arqueología, de aprendices de buscadores de sabiduría oculta en las entrañas de nuestra historia. No pude evitar recordar una mañana de dura campaña en una villa romana de la costa alicantina. A media jornada, en agosto, con un sol castigador al que mirábamos de reojo en un vano intento por librarnos de él, con cierta resaca que todo buen estudiante necesita, y con alguna picadura de avispa de más en el cuerpo, escuchamos un crujido detrás de nosotros. Al volvernos vimos que una compañera había hundido media pierna en el suelo.

De esta manera tan poco ortodoxa acabábamos de descubrir el hipocausto de un conjunto termal anejo a la villa. Nuestro sudor, nuestra resaca, y hasta las picaduras de avispa, se transformaron en emoción al saber que accederíamos a una pequeña sala subterránea no pisada por ser humano alguno desde hacía casi dos mil años. Casi veinte años después de aquellas campañas, compruebo que la capacidad de Javier para emocionarse con la arqueología no ha mermado. Al contrario, ha crecido.

A día de hoy, en los albores del siglo XXI, existen infinidad de piezas capaces de emocionar cuando son encontradas, pero también por el

simple placer de ser buscadas, aunque si hay piezas que transmiten esa emoción, más que ninguna otra, estos son los objetos de culto y de poder. El Arca de la Alianza, sin ningún lugar a dudas, es capaz de transmitir dicha emoción *per se*. Estoy convencido de que la mayoría de los lectores de este libro lo son por este motivo, ya que el Arca reúne lo místico y lo humano, lo material arcano para unos y lo inmaterial eterno para otros.

El título, *Operación Trompetas de Jericó*, está inspirado en la búsqueda que los representantes del mal encarnado de la humanidad, el nazismo, llevaron a cabo en Toledo para hallar el Arca de la Alianza que, como el propio Javier menciona en su libro *Grandes tesoros ocultos* (Ed. Nowtilus, 2015), es descrita en el relato bíblico como una poderosa arma: «Uno de los episodios más conocidos es el de la conquista de la ciudad de Jericó, cuyas murallas sólo pudieron ser tomadas cuando un grupo de sacerdotes hebreos marcharon en torno a la ciudad tocando las trompetas con el Arca a cuestas durante seis interminables días. El séptimo, mientras los sacerdotes volvían a repetir el proceso, Josué ordenó al pueblo que gritase con todas sus fuerzas, momento en que la muralla se derrumbó sobre sí misma». Ante semejante poder de destrucción mítico sólo la sinrazón nacionalsocialista podía plantearse su hallazgo para un uso como arma definitiva.

Pero ¿cómo podría catalogar el valor del Arca de la Alianza dentro de los objetos arqueológicos desaparecidos? Desde mi punto de vista existen dos tipos de tesoros en arqueología, los que sabemos que existieron y los hemos perdido, y los que tenemos noticias de que pudieron existir por su profusión en las fuentes.

De los primeros, tenemos una gran variedad. Yo aquí enumeraría, sin pensarlo, las maravillas del mundo antiguo, tales como los jardines colgantes de Babilonia, el templo de Zeus en Olimpia, el templo de Artemisa en Éfeso, el mausoleo de Halicarnaso, el coloso de Rodas, el faro de Alejandría o la mismísima tumba de Alejandro Magno, así como objetos de poder como la mesa de Salomón o las piedras de Sankara. En el segundo caso podríamos hablar del caballo de Troya, de la belleza de Helena de Troya (si se me permite la osadía) o del significado y uso de los dibujos de Nazca, así como de otros objetos de culto como el Santo Grial, o de lugares como El Dorado o la Atlántida.

Es en esta segunda categoría donde nos paramos, donde el posible artefacto estudiado se funde entre la historia y el mito en las fuentes, y en el deseo y la tradición religiosa judeocristiana. Es decir, nos hallamos ante

la barrera de la búsqueda del mito. ¿Es una quimera? Puede ser, porque buscar la belleza de Helena de Troya sería más trabajo de poetas o románticos soñadores que labor de arqueólogos, por razones obvias. Pero, como para todo en la vida, el sentido común nos da pistas sobre lo posible y lo imposible. Este sentido común, una formación cartesiana, la objetividad de la mirada del arqueólogo y una pizca de pasión y romanticismo son motores de no pocos descubrimientos. Pero me gustaría pararme en uno que, pienso, reúne algunas de las características que encontramos en el Arca de la Alianza.

Durante toda la Antigüedad y la Edad Media, se consideró la *Ilíada*, al igual que ha ocurrido con el relato bíblico, como un relato verídico. Personajes como Alejandro Magno, Julio César o Augusto creyeron que la historia de Aquiles y Patroclo era un hecho histórico. ¿Lo fue? Para ellos el mito, la historia y la religión era todo uno, como para el creyente judeocristiano. Sin embargo, en 1873 la pasión de un hombre, que sabía perfectamente que los dioses de la obra de Homero no existían, que no necesitaba relacionar sus orígenes a la Guerra de Troya como hicieran Julio César y Augusto, pero que el sentido común le dictaba que en toda leyenda hay un poso de verdad histórica, descubrió *Ilion*, para sorpresa y asombro de todos los eruditos contemporáneos. Ese hombre era Heinrich Schliemann. Y es cierto que la Troya excavada por Schliemann no era la Troya de la obra homérica, pero también es cierto que Homero nos contó una historia de dioses y hombres, como la Biblia, y que muchos investigadores coetáneos al descubrimiento pensaban que todo era una fantasía y nada más.

¿Es el Arca de la Alianza otra *Ilion*? No lo sé, pero de lo que sí estoy seguro es que jamás lo sabremos si nadie se lo pregunta. Javier nos propone la probabilidad de que el Arca sea tan material como Troya, algo real que los hombres, en su infinita capacidad de generar mitos que lo sosieguen en el duro viaje de la vida, hayan adornado a lo largo de los milenios hasta ese concepto fantástico que ha llegado hasta nosotros.

Con *Operación Trompetas de Jericó* iniciaremos un viaje trepidante que nos llevará desde el Antiguo Testamento hasta la arqueología moderna. En este viaje veremos cómo Dios da instrucciones precisas de cómo debe ser el Arca, le seguiremos la pista hasta el Templo de Salomón, pasearemos por Egipto de la mano de Moisés, hablaremos con autores que nos abrirán las puertas de un interesante debate historiográfico, nos reiremos de ridículos iluminados, nos salpicará la sangre de las espadas de

los templarios que dieron su vida en Jerusalén, nos iremos al África más recóndita y aguantaremos la fría mirada de Heinrich Himmler buscando el Arca en Toledo.

Lo que Javier nos ofrece es volver a buscar el Arca como posible objeto arqueológico que la historia ha vapuleado, removido, ocultado y convertido en misterio, como tantos otros, llegando a plantearnos tanto su ubicación como su existencia. Una búsqueda que removerá y revisará las anteriores, que huirá de lo esotérico, como corresponde a la ciencia, y que nos dará información sobre las más recientes pistas para al final regalarnos una interesante hipótesis que, quién sabe, podrá servir de punto de partida para el que puede ser el más grande descubrimiento arqueológico de todos los tiempos.

Diego Peña

Introducción

Ya era medianoche, y esta maldita búsqueda de lo que los cabalistas judíos conocemos como el nombre secreto de Dios seguía sin dar los resultados esperados. Las últimas horas las había consumido vagando sin rumbo fijo por las oscuras y serpenteantes callejuelas de la ciudad de Toledo. Mirando a uno y otro lado, podía sentir cómo esos edificios, cargados de historia y misterio, me contemplaban mientras me preguntaba cuál podría ser el lugar, si es que realmente existía, en donde podía encontrar la clave necesaria para poner en funcionamiento la reliquia más sagrada de mi pueblo. Eso fue, por lo menos, lo que yo les había prometido a mis carceleros, y a los enemigos de mi gente, cuando sin saber muy bien cómo me propusieron encontrar para ellos la clave para activar esa terrorífica arma secreta, que para nosotros era el Arca de la Alianza.

Todo había empezado una fría mañana de enero, justo antes de que los temibles guardianes negros de la SS irrumpiesen en el pabellón del campo de concentración en donde estaba alojado junto a todos mis hijos varones. Yo ya llevaba despierto cerca de una hora, tal y como era habitual desde que había llegado a este mísero lugar, en donde a todos nosotros nos esperaba la peor de las fortunas. No había esperanza para los

millones de judíos que no habíamos logrado atisbar el horror que estaba a punto de abatirse sobre todos nosotros. Ahora estábamos pagando por ello.

Eso es lo que cada día pensaba, justo antes del amanecer, mientras forzaba la vista a través de esa estrecha rendija situada en la cabecera de la incómoda litera en la que pasaba cada noche, y por donde se deslizaba un frío glacial, cargado de humedad, al tiempo que me preguntaba si esa jornada iba a ser la última en la que mis ojos contemplasen a mis amados hijos bajo la mortecina luz de este lugar cargado de odio y pesar. Las lágrimas empezaron a deslizarse sobre mis pálidas mejillas, mientras me volvía a martirizar por no haber logrado entender a tiempo el peligro al que nos enfrentábamos. En ese mismo momento, en el que me volvía a repetir que daría hasta mi propia alma por sacar a los míos de este infame lugar, la puerta del pabellón empezó a abrirse lentamente emitiendo su típico chirrido desgarrador, que me recordaba que esas escasas horas de paz habían terminado para nosotros.

Una desconocida silueta empezó a avanzar por el pasillo, en silencio, mientras deslizaba suavemente la cabeza en una y otra dirección buscando algo que yo ni siquiera podía imaginar. Mi corazón empezó a palpitar con fuerza, más aún cuando observé cómo este extraño personaje marchaba decididamente hacia el rincón en donde mi familia apuraba sus últimos momentos de sueño. Tratando de pasar lo más inadvertidamente posible, cerré los ojos y disimulé la respiración entrecortada provocada por el terror que esa imponente figura provocaba con su sola presencia. De repente el silencio se apoderó de la estancia, era evidente que este centinela había encontrado lo que buscaba, y después de unos segundos que a mí me parecieron interminables, una colosal mano empezó a zarandearme, obligándome a saltar de la cama, para advertirme que mi presencia se requería de forma inmediata en la caseta del primer oficial.

Apenas tuve tiempo para vestir las escasas prendas con las que contábamos y que de poco servían para combatir este intenso helor invernal. Estaba seguro de que había llegado mi momento final, pero ni siquiera tuve valor de mirar a los míos, tal vez por última vez, por el temor a perderlos e imaginar el siniestro destino que les esperaba, solos, en este macabro campo de concentración.

Presa del pánico, seguí a escasa distancia al enorme centinela, mientras apretaba su paso hacia una estancia que ya se empezaba a vislumbrar gracias a los primeros rayos de luz que acariciaban, sutilmente, este

paisaje oscuro en el que nos encontrábamos provisionalmente asentados. Algo extraño debía de ocurrir para que todo un coronel de la SS me estuviese esperando en su despacho a esas horas de la madrugada. Cuando por fin llegamos a nuestro destino, mi acompañante informó a sus superiores de que el rabino judío esperaba el permiso pertinente para presentarse ante los oficiales. No tuve que esperar mucho tiempo. Inmediatamente recibí la orden de entrar en una austera pero confortable habitación, con la cabeza baja en señal de respeto y de asunción de mi inferioridad racial frente a unos individuos que se autoconsideraban miembros escogidos de una supuesta raza superior, en la que sólo ellos creían. Uno de los alemanes que se encontraban en el interior de la estancia se dirigió hacia mí en un tono firme, pero lejos de ese modo brutal y ofensivo que el resto de los SS habían usado con todos nosotros desde que llegamos aquí y nos encerraron entre estos muros.

—Rabino –se dirigió hacia mí mientras daba vueltas lentamente alrededor de mi escuálida figura–, has resultado bendecido por tu Dios al haber sido elegido para realizar un importante encargo para nuestro Führer y para Alemania.

El pánico dejó paso a la indecisión. Sin poder creer lo que estaba ocurriendo levanté la cabeza y observé cómo el coronel de la SS me observaba con una mirada inundada de rabia, mientras que su acompañante, un hombre de formas más elegantes, sonreía divertido al tiempo que estudiaba a ese extraño espécimen que tenía frente a sí.

—Es un honor poder servir a nuestro líder y a nuestra gran nación –dije tratando de ocultar mi asombro y mi ansiedad por saber qué es lo que estos malnacidos querían de mí.

—Ha respondido como un auténtico patriota –respondió con mofa mi desconocido acompañante, al mismo tiempo que miraba con complicidad a un coronel que aún se preguntaba por los motivos por los que le habían hecho salir de su cálida cama para entrevistarse con uno de sus judíos.

—¿Ha oído hablar del Arca de la Alianza? –Una pregunta absurda, pensé yo, sabiendo que se la estaban haciendo a un rabino del pueblo de Israel–. Pues bien –se contestó a sí mismo–, debe de saber que no hace muchas semanas uno de nuestros arqueólogos que se encontraba investigando la historia de este y otros objetos de culto de la degenerada religión judeocristiana encontró una pista bastante fiable sobre el paradero de la reliquia en la ciudad de Venecia, Italia.

Ambos se quedaron mirándome esperando una respuesta. Frente a estos tipos una palabra fuera de lugar podía condenarme si lo que oían no era del todo lo que esperaban.

—Una excelente noticia, señor. Desde hace siglos nuestros rabinos y estudiosos de la Ley Sagrada han intentado buscar alguna pista sobre su paradero, pero nunca hemos logrado tener ni la más remota idea del lugar en donde fue ocultada antes de la destrucción del Templo de Salomón en el 586 antes de Cristo.

Era evidente que le habían gustado mis palabras. En parte porque lo reafirmaba en su creencia de que este trabajo sólo era asequible para los miembros de una raza privilegiada física e intelectualmente.

—Es posible que sus rabinos no sean tan doctos como se consideran –respondió sin ningún tipo de pudor–, pero eso ahora poco importa. Nuestro Reichsführer, Heinrich Himmler, está dispuesto a encontrar este objeto sea como sea, y ahora usted va a ayudarnos a conseguirlo. Es innegable –continuó– que los poderes relacionados con el Arca pueden ayudarnos a ganar la guerra contra todos aquellos que desafíen a nuestra poderosa Alemania y a nuestro gran líder Adolf Hitler.

—Pero, señor –continué–, ninguno de nuestros rabinos ha conseguido nunca ofrecer una explicación racional sobre el lugar en donde deberíamos buscar. Nuestros conocimientos son puramente teóricos –susurré mientras escrutaba con atención el atuendo del individuo que tenía frente a mí.

—Deje eso para nosotros, los miembros de la Ahnenerbe nos ocuparemos de recuperar eso que su pueblo perdió hace tanto tiempo. Además, usted es un afamado cabalista, y sabemos que según sus tradiciones sólo un auténtico conocedor de la cábala judía será capaz de activar esos poderes sobrenaturales que tanto pueden hacer para nuestra causa.

Por fin comprendía los motivos por los que los nazis me habían buscado y cuál era el trabajo que esperaban de mí. A pesar de que desde el principio lo habían tratado de mantener en secreto, yo ya sabía que no hacía mucho tiempo algunos de los miembros del Partido Nacional Socialista, sin duda los más fanáticos creyentes en las ciencias ocultas, habían formado una especie de asociación, compuesta por auténticos majaderos, a la que se la denominó Sociedad de Estudios para la Historia Antigua del Espíritu, mejor conocida como la Deutsches Ahnenerbe, y dedicada al estudio de la herencia ancestral alemana, para poder comprobar cuáles eran los orígenes de la superioridad de la raza aria. También sabía que

dentro de la Ahnenerbe existía un departamento encargado de encontrar las reliquias sagradas de unas religiones despreciadas por ellos. Entre sus principales objetivos estaban el Arca de la Alianza y el Santo Grial, y fue tal la obsesión del fundador de la sociedad, Heinrich Himmler, que no dudó en patrocinar decenas de excavaciones por todo el mundo, con la única intención de encontrar estos y otros objetos de poder.

Sí; ahora entendía muy bien el interés que mi humilde persona había provocado entre los asesinos de mi pueblo, pero lo más importante de todo es que por fin se abría ante mí la posibilidad de sacar a mi familia de esta maldita cárcel en donde sólo nos esperaba la muerte. En esos mismos momentos, empezaron a llegar a mis oídos los alaridos inflamados en odio con los que nuestros carceleros nos despertaban todos los días antes de salir el sol. Algo tenía que hacer, no podía dejar pasar esta oportunidad; el problema es que no sabía cómo podrían reaccionar ante la más mínima exigencia que pudiese plantearles a cambio de mi colaboración.

—Tal vez sepa cómo ayudarles –dije tratando de aparentar la mayor humildad posible–. Mi familia se sentiría honrada de acompañarles para intentar solucionar, de una vez por todas, el eterno misterio que desde hace tres mil años ha envuelto a nuestra más sagrada reliquia.

—¡Asqueroso judío! –bramó el coronel–, nunca permitiré que ni un solo hebreo salga de este lugar, y tú volverás aquí cuando haya finalizado esta absurda búsqueda.

Noté cómo mi cuerpo desfallecía, y una sensación de angustia se apoderó de mi ánimo, tanto que no supe si iba a ser capaz de reprimir el llanto. Todo parecía perdido para mí. Pero en ese momento, el joven oficial del que aún no sabía nada esbozó una sonrisa y se dirigió hacia su superior.

—¡Oh, vamos! Piénsalo bien, Hans, no vas a perder nada dejándolos en libertad. Además, piensa que tendrás unas cuantas bocas menos para alimentar.

—Von Kessler, tú eres un héroe de guerra y un ejemplo para los nacionalsocialistas, y por lo tanto debes de comprender que, bajo ningún pretexto, dejaré salir de mi campo ni a un solo judío.

—¿Bajo ningún pretexto? –repitió el que yo empezaba a considerar que podía ser mi salvador–. Te recuerdo que vengo por encargo de Himmler y por lo tanto, en todo lo que respecta a este asunto, se hará todo de la forma que más me plazca.

La mención de Heinrich Himmler fue suficiente para poner al coronel fuera de combate. Abatido, decidió abandonar su despacho para iniciar una ronda y poder pagar con el resto de los reclusos la frustración que sentía por haber sido humillado por un oficial de rango inferior, y aún peor, con la presencia de un asombrado israelita al que la fortuna le había devuelto la esperanza.

—De acuerdo –me dijo Von Kessler–, dime entonces cuáles son los motivos, si los hay, por los que puedo contar contigo. –Entonces se sentó, y abriendo bien los ojos comenzó a estudiarme detenidamente, preguntándose si realmente valía la pena contar con un pequeño rabino en la búsqueda del que podía ser el objeto más poderoso sobre la faz de la Tierra.

—Señor oficial –no tardé en responder–, existen muchas posibilidades a la hora de plantearse cuál pudo ser el destino final del Arca de nuestro Señor. Es evidente que no puedo darles una respuesta definitiva.

—¿Entonces?

—Dejo eso en sus manos. Si realmente sus hombres han conseguido descubrir una nueva pista sobre el paradero del Arca de la Alianza, es necesario que la estudien para ver si realmente les conduce hasta ella. Lo único que le puedo asegurar es que si realmente la encuentran necesitarán a un hombre como yo para poder activar sus innegables poderes.

—Habla –contestó lacónicamente.

Yo ya era consciente de que me estaba acercando al momento clave, en el que este veterano de guerra nazi iba a decidirse por mi participación, o no, en esta extraña misión, por eso traté de avivar mi ingenio para cautivar a este individuo que, sin duda, debía sentir fascinación por los conocimientos más ocultos y esotéricos de un pueblo que a buen seguro no comprendía. Durante muchos años me había dedicado, casi hasta llegar a la obsesión, al estudio de la cábala. Por eso conocía una antigua tradición que defendía la existencia de un nombre secreto de Dios como clave necesaria para comprender la naturaleza del Arca de la Alianza.

Me armé de valor, y creo que por primera vez me vi con fuerzas suficientes para despegar mis pies del suelo. Mis pasos me guiaron alrededor del despacho de este temido coronel de la SS que ahora parecía haber desaparecido. Cuando llegué a la ventana de la habitación pude observar una intensa neblina que se había posado sobre los desolados campos de este horrible campo de concentración en donde habíamos sido encerrados sin saber aún por qué. Me di la vuelta y miré fijamente a Von Kessler.

—Nuestro amado y añorado rey Salomón, hijo de David, sobre ambos sea la paz, fue el más grande soberano que nuestro pueblo ha tenido. No fue un gran conquistador –continué–, e incluso algunas de sus decisiones de gobierno generaron una gran crispación entre las tribus, pero...

—Pero algo descubrió –añadió Kessler, que ya empezaba a dar muestras de inquietud mientras se acomodaba en el gran sillón de cuero negro situado tras la mesa del oficial.

—Sí, algo descubrió. El hijo de David destacó, por encima de todo, por su enorme sabiduría. Según nuestros libros sagrados, Salomón tenía la capacidad de conocer todas las cosas de la naturaleza, e incluso se dice que podía observar, sentado en su trono, el devenir histórico de todos los hechos ocurridos en el pasado, pero también los que aún estaban por llegar.

—¿Y qué demonios tiene eso que ver con la búsqueda del Arca de la Alianza? –exclamó el alemán–. Está haciéndome perder el tiempo.

—Señor –dije tratando de aparentar seguridad–, la sabiduría de nuestro soberano tenía un origen divino, y según nuestras más ancestrales tradiciones la adquirió a través del conocimiento del nombre secreto de Yahvé, que es precisamente el elemento clave para que pueda ponerse en funcionamiento nuestra más sagrada reliquia, que simbolizaba la presencia de nuestro Dios en la Tierra.

La cara de Kessler pareció iluminarse. Estaba claro que el afamado soldado alemán se jugaba mucho en esta nueva misión. Su trabajo estaba siendo valorado por algunos de los más altos gerifaltes del régimen nazi, por lo que su éxito podría hacerle aumentar su prestigio y escalar posiciones para llegar a la cúspide, en donde unos pocos elegidos se habían confabulado para decidir el destino de Alemania y del mundo. Y él quería ser protagonista, y por qué no, al lado del mismísimo Führer.

—¿Y bien? –preguntó el alemán–, ¿me va a decir cuál es esa palabra necesaria para poner en funcionamiento el Arca?

—Es evidente que nadie la conoce –contesté de inmediato–, pero creo que conozco el lugar en donde podemos buscar uno de los objetos sagrados de nuestro Templo, que según nuestras tradiciones tiene escrito sobre su superficie el nombre secreto de Yahvé. Este objeto tiene que encontrarse necesariamente en España, tal vez en la ciudad de Toledo.

Estaba claro que al oficial de la temida Orden Negra no le iba a resultar nada fácil descubrir un secreto que había permanecido oculto durante cerca de tres mil años. Y eso lo sabía el pequeño rabino judío,

consciente como era de la necesidad que tenía el alemán de contar con su ayuda. Sin ningún tipo de temor se dirigió con paso decidido hasta la robusta mesa tras la cual permanecía dubitativo Kessler.

—Creo que sé cómo puedo ayudarle –dijo mientras apoyaba firmemente las manos sobre la superficie de madera pulida en donde se amontonaban, en un aparente desorden, algunos documentos marcados por la temida águila del nacionalsocialismo.

En ese mismo momento, giré la cabeza y observé un pequeño dosier que destacaba entre todos ellos. Sin ninguna dificultad pude leer unas palabras cuyo significado no podía ser más obvio: Operación Trompetas de Jericó.

Capítulo 1
En busca del Arca Perdida

LA CAMPAÑA DE MEIR BEN-DOV

No hace mucho tiempo, recibí el encargo de escribir un artículo para una revista especializada sobre los hechos experimentados por los diversos aventureros, arqueólogos e historiadores mientras trataban de encontrar el objeto de culto más poderoso de la Historia: el Arca de la Alianza. En mi mente se empezaron a proyectar imágenes de la famosa película, estrenada en 1981, *En busca del Arca Perdida*, con la que Steven Spielberg daba inicio a una saga imperecedera protagonizada por el héroe cinematográfico Indiana Jones. Imbuido por la imagen romántica transmitida por este intrépido cazatesoros, no tardó en surgir en mí el deseo por conocer y comprender la vida de todos estos individuos, de carne y hueso, que en un momento u otro de sus vidas decidieron dejarlo todo para sumergirse en la búsqueda de esta reliquia, cuyo rastro se perdió hace miles de años en la venerada ciudad de Jerusalén. Pero para mi desgracia, los resultados de mi investigación no pudieron ser, en un principio, más decepcionantes.

La primera impresión fue desalentadora; al contrario de lo que pensaba, los más prestigiosos buscadores del Arca no se podían considerar

eruditos y, por supuesto, no formaban parte del equipo de profesores de las universidades más afamadas de Europa, ni de los más experimentados investigadores apoyados por una sólida formación académica. Más bien formaban un grupo heterogéneo, aunque en general podía advertirse en ellos un profundo espíritu aventurero acompañado de un notorio afán de protagonismo.

Empecé tratando de averiguar el lugar en donde esta pandilla de soñadores, entre los que habían periodistas, militares, religiosos y simples iluminados, había tratado de localizar, siguiendo unos métodos nada convencionales, el destino último del Arca, y las sorpresas no tardaron en llegar.

Hipótesis había para todos los gustos, pero como más tarde pude comprobar, la creencia más arraigada entre los estudiosos del antiguo Israel estaba relacionada con el posible ocultamiento de la reliquia en algún punto desconocido situado en las profundidades de uno de los lugares más sagrados de la ciudad de Jerusalén, el monte Moriá, o a su vez en algún enclave cercano, como pudo ser el fastuoso monte Nebo, desde donde según las tradiciones el profeta Moisés murió justo después de divisar la tierra prometida, sin poder ver cumplido su sueño de entrar junto con su pueblo en el que a partir de ese momento sería su nuevo hogar.

Esa creencia se vio reforzada por enigmáticos escritos como el Apocalipsis de Baruc o el segundo libro de los Macabeos, y empujó a este variopinto grupo de aventureros, de los que más tarde hablaremos, a iniciar una serie de expediciones para hacerse con el inigualable tesoro.

Afortunadamente, entre todos ellos descubrí dignas pero contadas excepciones, investigadores cuyo trabajo sirvió de base para iniciar una nueva etapa en esta larga historia de la búsqueda del objeto de poder más influyente de la religión yahvista. En 1968 un prestigioso arqueólogo de la Universidad de Jerusalén, llamado Meir Ben-Dov, comenzó unas excavaciones arqueológicas en las inmediaciones de la colina del Templo. En su afán sólo existía un interés puramente científico y un anhelo sincero por tratar de extraer información sobre uno de los lugares más importantes del pueblo israelita. Pero la polémica y la controversia no tardaron en aparecer desde el mismo momento en el que el equipo de arqueólogos pisó por primera vez una zona que según muchos nadie debía profanar. La repercusión de una investigación como la que estaba a punto de protagonizar no dejó a nadie indiferente, y por eso no tardaron en aparecer las primeras suspicacias, acompañadas de una buena dosis de mala leche.



Jerusalén. El principal problema que tuvieron los investigadores a la hora de localizar el lugar en donde quedó depositada el Arca de la Alianza es la escasez de referencias documentales para poder seguir su rastro. Entre los muchos lugares en donde se ha tratado de encontrar la reliquia destaca, indudablemente, la ciudad de Jerusalén.

Los trabajos avanzaron con una lentitud exasperante, eso fue por lo menos lo que tuvo que sentir el arqueólogo. Para tratar de pasar desapercibidos, Meir Ben-Dov y su equipo decidieron tapar con una lona de un blanco reluciente el emplazamiento exacto en el que se encontraban trabajando.

El ambiente enrarecido que se empezó a gestar alrededor de la zona no contribuía, más bien al contrario, a mantener alta la moral del científico y sus ayudantes, que, por si fuera poco, se tuvieron que enfrentar al típico calor sofocante y húmedo de esta bella ciudad, tantas veces corrompida como consecuencia de la radicalización ideológica de unas religiones que, más que acercar a sus fieles, los alejaban irremediablemente, llevándolos a adoptar unas posturas extremas que solamente ellos consideraban justificadas por su Dios.

Pero nada de ello se pudo comparar con la agresividad con la que fue acogido su trabajo por parte de las autoridades políticas y religiosas de una ciudad marcada por el enfrentamiento, la guerra y la incomprensión. La oposición les llegó desde todos los frentes, tanto que hicieron exasperar al desamparado arqueólogo. En primer lugar, el Alto Consejo Musulmán sorprendió a propios y extraños acusando al director de las excavaciones de ser un sionista radical cuyo objetivo era perforar la colina, y así provocar el derrumbe de la mezquita de Al-Aqsa, para tener espacio libre y construir el tercer Templo.

Los cristianos no tardaron en unirse a las protestas, al ver amenazados sus intereses en una ciudad también sagrada para ellos por ser el lugar en donde se produjeron algunos de los episodios más destacados de la vida de Jesús. Pero sin duda, el lugar desde donde más arreciaron las críticas fue del lado de las autoridades religiosas judías, al negarse a un hipotético hallazgo del Arca de la Alianza, por no estar su pueblo preparado para la llegada de un nuevo Mesías, que según la tradición aparecería cuando el Arca decidiese mostrarse de nuevo al mundo. Eso fue por lo menos lo que dijeron para boicotear, fuese como fuese, esa molesta campaña arqueológica que no podía más que aumentar la tensión entre dos comunidades irremediablemente enfrentadas.

Con todos en su contra, un abatido Meir Ben-Dov mandó a las autoridades político-religiosas a tomar viento, por no decir otra cosa, aparcando su proyecto para cuando sus ideas fuesen mejor comprendidas por una clase dirigente a la que aún le quedaba mucho por evolucionar. El empeño de Meir Ben-Dov no tuvo la recompensa que sin duda merecía. ¿Hubo alguien más interesado en desentrañar los misterios escondidos bajo la ciudad santa?

Indudablemente, algunos de los grupos ortodoxos judíos, cuyo objetivo fue siempre recuperar unos terrenos considerados santos por ellos, pero que ahora estaban en manos de los palestinos, no fueron indiferentes a esta investigación, cuyo éxito podría suponer para ellos la excusa perfecta para presionar a las autoridades políticas israelíes y exigir la edificación del anhelado tercer Templo. Uno de estos intentos se produjo después de la guerra entre Israel y sus vecinos árabes en 1967, cuando el área del templo volvió a pasar a manos judías por primera vez desde la destrucción de la ciudad en el año 70 por parte de las legiones de Tito. Aprovechando estas circunstancias, los hebreos construyeron una pequeña sala de oración en un túnel situado en la parte izquierda del muro. Al parecer,

desde esta pequeña sala, los miembros de Ataret Cohanim, una organización sionista sin ánimo de lucro pero tremendamente reivindicativa, iniciaron en los años ochenta una serie de excavaciones nocturnas y secretas que los habrían llevado hasta una serie de túneles construidos en la época del primer Templo.

Algunos años más tarde, en 1991, durante la Primera Intifada que se prolongó desde 1987 hasta 1993, este grupo protagonizó un nuevo intento para hacerse con el control de la colina tras encabezar una marcha, con una actitud claramente provocadora, que generó un gran malestar entre la población musulmana, especialmente cuando en octubre de ese mismo año un grupo israelí llamado los Fieles del Monte del Templo avanzaron hacia la explanada de las Mezquitas, entre los rumores de que planeaban colocar la primera piedra de su nuevo edificio para que sirviese de morada del Dios de Israel. Al final los ánimos terminaron por caldearse de tal manera que unos y otros acabaron nuevamente a tiros, pero del Arca siguió sin saberse nada. Y del nuevo templo, tampoco.

LA LOCA HISTORIA DEL ARCA

Otros muchos precedieron al insigne investigador Meir Ben-Dov, aunque para mi desgracia, y la de otros tantos, no todos fueron tan sensatos como él. Entre las propuestas más pintorescas, por llamarlo de alguna manera, estaban las de algunos personajes como el psíquico Gerry Canon, quien afirmó, sin ningún tipo de pudor, conocer la localización exacta del Arca en Egipto, y eso gracias a su guía Mosec, un fantasmagórico soldado de tiempos faraónicos que había recibido el encargo de robarla y que ahora, no se sabe muy bien por qué, había vuelto del más allá para revelarle, precisamente a él, una información crucial para el destino de la reliquia después de unas intensas y movidas sesiones espirituales. Lo realmente increíble de esta historia es que más de uno se la creyó, por lo que cundió el ejemplo. De esta forma, otros muchos iluminados llevaron la localización del Arca tan lejos como su imaginación se lo permitiese: la Esfinge de Giza, la Gran Pirámide, el interior de alguno de los templos de la América precolombina (entre los que no pudo faltar el mismísimo Machu Picchu) e incluso hubo quien dijo que fue recogida por algún superviviente de la raza atlante y llevada al mismo lugar en donde en su día se desarrolló esta mítica civilización. Ahí es nada.

A pesar de todo, el lugar en donde más han centrado la atención los investigadores ha sido el monte Moriá de Jerusalén, enclave en el que estuvo el Templo de Salomón albergando las grandes reliquias del judaísmo. Y allí marcharon los decididos cazatesoros, para protagonizar, en algunos casos, auténticas aventuras dignas de película al más puro estilo hollywoodiense y que en más de una ocasión estuvieron a punto de costarles la vida; a ellos y a todos los que imprudentemente les acompañaron.

Uno de ellos fue el joven oficial del ejército británico Charles Warren, nombrado por el prestigioso Fondo para la Exploración de Palestina para excavar en el monte Moriá en 1867. Aunque no le faltaba talento, el joven Charles carecía de la más mínima formación académica, algo que trató de compensar mostrando un pundonor y una valentía que, es justo reconocer, sorprendió a propios y extraños. Nada más llegar a Tierra Santa, se encontró ante la negativa de las autoridades turcas para dejarle excavar en las proximidades de dos de los edificios más sagrados del islam: la cúpula de la Roca y la mezquita de Al-Aqsa. Todo parecía empezar a torcerse, pero a Warren no pareció importarle mucho. Había llegado hasta este lejano lugar con la intención de ver cumplido un sueño, y nadie iba a impedírselo… pero ¿quién fue este arrojado explorador que protagonizó una de las expediciones más apasionantes en busca del Arca Perdida?

La biografía de este militar, arqueólogo y explorador fue trepidante, propia del que se vino a considerar como uno de los más afamados aventureros ingleses del siglo xix y comienzos del xx. Además de servir en Palestina, participando en diversas campañas arqueológicas como la que aquí nos ocupa, sirvió valerosamente como oficial del ejército británico por todos los rincones de su dilatado imperio.

Tras su paso por esta zona, fue enviado al sur de África, en donde destacó por su participación en diversos conflictos como el de Bechuanalandia, para más tarde ponerse al mando de la guarnición de Suakim y posteriormente comandar las tropas coloniales de Singapur. Como resultado de esta meteórica carrera militar, asumió el grado de teniente general durante la guerra de los bóers, mostrando sus habilidades militares durante la célebre ofensiva de Natal. Como premio a su dedicación, después de esta sangrienta guerra, como lo son todas, fue recompensado con el desempeño de importantes cargos administrativos en la colonia de El Cabo, tarea que desarrolló con suficiencia hasta tal punto que sus



General Charles Warren, foto publicada en 1900 en el libro *South Africa and the Transvaal War* de Louis Creswicke. A pesar de que sus métodos no fueron los más apropiados, Charles Warren siempre será recordado como uno de los más destacados aventureros en esta trepidante historia de la búsqueda del Arca Perdida.

superiores se fijaron en él y en su brillante porvenir, al servicio de su graciosa majestad y el poderoso Imperio británico.

A pesar de todo, Charles Warren no se conformó con eso. Él luchó por ser uno de esos magníficos personajes que tratan de no pasar desapercibidos. Y no hay duda de que lo consiguió. Después de retirarse, este reconocido masón tuvo aún tiempo para participar activamente en el recién fundado movimiento de los Scout. Pero si hay algo que destaca en la biografía de Warren, además de por esta extravagante búsqueda del Arca de la Alianza, fue por su implicación como el más alto responsable policial de la ciudad de Londres entre 1886 y 1888, en la investigación de los asesinatos llevados a cabo por el infame Jack el Destripador, cuya mala gestión le terminó costando el cargo.

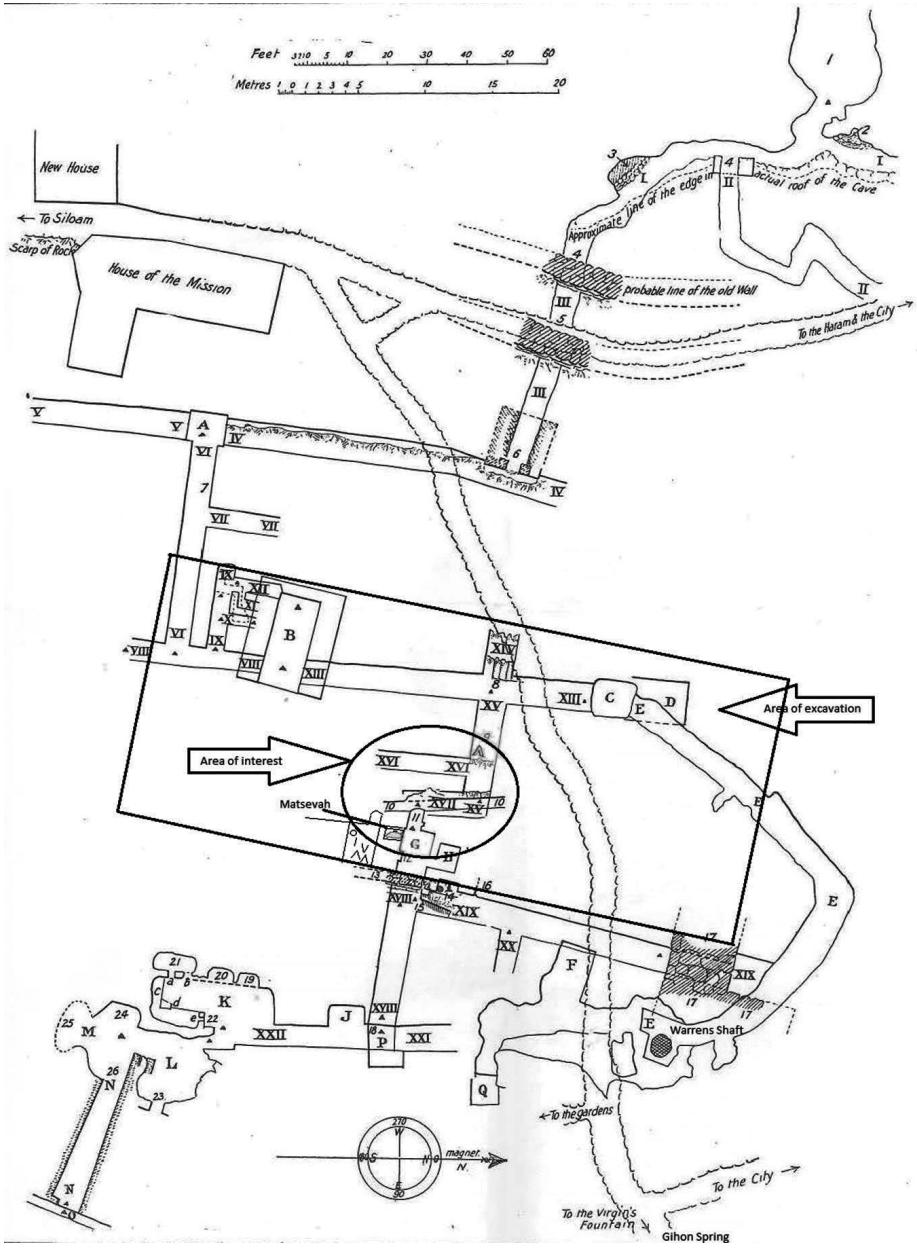
Pero volvamos a la Palestina del año 1867. Ante la imposibilidad de iniciar las excavaciones en una zona tan compleja como Jerusalén, al

militar inglés no le quedó más remedio que hacer las cosas a su manera y por eso, armado de valor, se deslizó insensatamente junto al resto de su equipo por el lado norte de la muralla, y allí excavó un túnel para tratar de adentrarse y profundizar hasta llegar al corazón de la colina del Templo. Pero su trabajo, desgraciadamente, no pasó desapercibido, pues llamó la atención de los fieles que día tras día se agolpaban en el interior de la mezquita. Tocaba correr, y mientras lo hacían, seguidos de cerca por una turba de indignados palestinos, una lluvia de piedras cayó sobre sus cabezas, descalabrando a más de uno. Ante esta situación, el gobernador de la ciudad decidió intervenir y suspender las excavaciones de forma indefinida.

No menos llamativa, más bien todo lo contrario, fue la expedición que en el año 1911 dirigió M. B. Parker, hijo del conde de Morlay. Este nuevo proyecto fue organizado por un excéntrico esoterista finlandés, el alma máter de esta empresa, llamado Valter H. Juvelius, que desde el principio aseguró tener información digna de toda confianza sobre el escondite definitivo del anhelado objeto de culto. Al parecer, había descubierto una especie de código bíblico secreto en una biblioteca de Estambul, por aquel entonces capital del Imperio otomano. Según Juvelius, el estudio de algunos de los textos del Antiguo Testamento le había revelado la existencia de un pasadizo secreto cuyo acceso podría encontrarse en el lado sur de la mezquita de Al-Aqsa.

Parker y Juvelius llegaron a Jerusalén en agosto de 1911, dispuestos a seguir con las investigaciones en donde Warren, años atrás, las había dejado. Un nuevo capítulo de esta truculenta historia de la búsqueda del Arca Perdida estaba a punto de escribirse. Y a buen seguro que no iba a dejar a nadie indiferente. Pero no llegaron solos, porque para esta ardua tarea iban a necesitar toda la ayuda posible, y por eso contrataron al tercer miembro destacado de la expedición, un vidente irlandés dispuesto a mostrarles el camino recurriendo a sus «probados» poderes sobrenaturales, potenciados merced a su reconocida afición por la cerveza.

Los trabajos se iniciaron con intensidad, me atrevería a decir que precipitadamente, pero pasaron los días y ese brío inicial se fue templando. Además, como iba siendo habitual las protestas empezaron a arreciar; y no sólo eso, las lluvias otoñales convirtieron la colina en un barrizal y para colmo de males, el famoso y adinerado barón de Rothschild, sionista y miembro de la ilustre familia de banqueros, compró un terreno cercano a la excavación desde donde poder boicotear todos sus movimientos



Mapa de Parker.

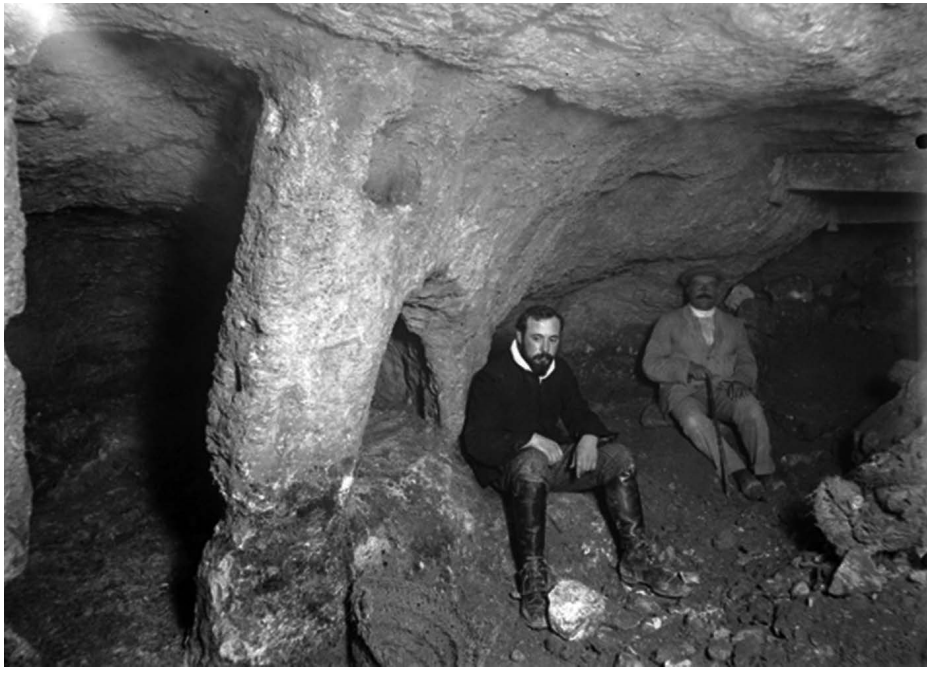
y hacer la puñeta a la curiosa comitiva, formada por tan célebres investigadores. Con tantos frentes abiertos, Parker y su insólito equipo decidieron recurrir a unos métodos más desesperados. El éxito de la misión era lo suficientemente importante como para rendirse sin presentar batalla. Días más tarde, cuando los ánimos parecían relativamente templados, lograron, sin mucha dificultad, sobornar al gobernador de la ciudad, Amzey ben Pachá, con la friolera de veinticinco mil dólares, y al jeque Jalil, guardián de la cúpula de la Roca, con otra interesante cantidad de dinero para así poder internarse en la colina y excavar directamente en busca de su tesoro.

Camuflados por la espesura de la noche y disfrazados de árabes, Parker y los suyos se tiraron toda una semana excavando en el interior de este espacio sagrado, mientras intentaban por todos los medios que su presencia no se dejase notar para no provocar las iras de los miles de creyentes que cada día pasaban por la explanada de las Mezquitas.

No hace mucho tiempo, tuve oportunidad de estudiar los planos y mapas elaborados por Parker y Juvelius, basados, como dijimos anteriormente, en las investigaciones de Warren, y en ellos pude observar que la intención de ambos fue, desde el principio, abrirse paso y profundizar por el pozo de las Ánimas, situado bajo la roca sagrada o Shetiyyah de la cúpula de la Roca, que es exactamente el lugar en donde, en su día, estuvo ubicado el sanctasanctórum del Templo de Salomón.

Entusiasmados, siguieron con su extenuante trabajo, ya nada parecía que iba a poder detenerlos; pero no fue así, la noche del 18 de abril de 1911 se produjo la más adversa fatalidad, ya que tuvieron la mala suerte de encontrarse con una de las escasas personas honradas que, sin comprender muy bien por qué, no reaccionaba ante los estímulos económicos a los que fue sometida por parte de los europeos. Al oír el ruido provocado por los cazatesoros, el incorruptible guardián del edificio se asomó a su interior y observó, horrorizado, cómo este grupo de infieles extranjeros profanaba la mezquita y destrozaba su amada cúpula de la Roca. Inmediatamente lanzó un desgarrador chillido de rabia, para poner en guardia a todos los fieles que a esas horas de la tarde rondaban por los alrededores de la colina, maravillados ante el inenarrable espectáculo que suponía para sus ojos la contemplación de la puesta del sol en la ciudad santa de Jerusalén.

Había llegado el momento de demostrar sus cualidades atléticas, que al final no resultaron malas, porque los europeos abandonaron Jerusalén



M. B. Parker. En esta imagen, podemos observar al excéntrico aristócrata inglés, reposando en uno de los túneles construidos bajo la cúpula de la Roca, para tratar de encontrar la reliquia.

a toda prisa, como alma que lleva el diablo, buscando cobijo en el cercano puerto de Jaffa, en donde un barco los esperaba para acogerlos y llevarlos de vuelta, con viento en popa y a toda vela, a la lejana Inglaterra. Pero los cosas no podían quedar así, los palestinos, heridos en su orgullo por ver cómo los desalmados aventureros se les escapaban vivitos y coleando a bordo de su veloz embarcación, decidieron cobrarse «justa» venganza en la persona del jeque Jalil, que se convirtió en el blanco de todas las iras, cuando sufrió un despiadado y desproporcionado castigo, antes de perder, literalmente, la cabeza.

A su regreso a Londres, un titular de un periódico inglés llamado *The London Illustrated News* sorprendía a sus compatriotas al preguntarse: «¿Han descubierto los ingleses el Arca de la Alianza?». Mucho se nos antoja que no.